

Título: Mi hermano

Seudónimo: Aliaga

Mi madre se empeñó en que trajera al Camino a mi hermano y no tuve por dónde escaparme. Protesté, claro que protesté, pero conozco a mi madre y por la cara que puso sabía que no había negociación posible. Si quería venir al Camino tenía que venir con él. Mi hermano es especial, digámoslo así. Cuando nació, nació bien, pero al poco mi padre se quedó a su cargo mientras mi madre salía a comprar. Nunca llegué a enterarme bien de qué pasó, quizá se cayó de la cuna o a mi padre se le resbaló. Lo que sé es que se golpeó la cabeza y estuvo en el hospital mucho tiempo. Sobrevivió, pero no quedó bien. A ratos tiene momentos de lucidez y puedes hablar con él, pero otras veces es como si los cables de la cabeza se le soltaran y se apagara. Hay días que me pregunta cómo me ha ido en la universidad e intercambiamos unas frases, pero al rato se desconecta. Muchos días lo encuentro junto a la ventana al atardecer, con la mirada perdida, sin decir nada durante horas. De pequeño, a veces, se quedaba mirándome sin decir nada. Al principio me incomodaba su mirada, pero luego aprendí a ignorarle.

Mi hermano es tres años mayor que yo y la sospecha de que mis padres decidieron tenerme a mí para que cuidara de él siempre ha ensombrecido mi relación con ellos. Es como si yo ya hubiera nacido con una condena, como si mi destino estuviera decidido antes incluso de mi concepción, cuando sólo era un proyecto en la mente de mis padres. Esa idea me ha acompañado desde que tengo uso de razón y quizá por eso, por sentirme utilizado para asumir una responsabilidad que no he elegido, he recelado mucho de ellos.

La idea del Camino la tenía desde hacía tiempo. Me apetecía mucho ir solo. Estoy a punto de terminar mis estudios, quería tener tiempo para decidir qué hacer con mi vida y pensé que era el momento de calzarme unas botas y salir al Camino. Llevaba semanas dándole vueltas a la idea, pero cuando por fin se lo conté a mis padres, la pesadilla de mi vida volvió a cruzarse con mis planes una vez más. Sólo podría ir si me llevaba a mi hermano.

Sería injusto decir odio a mi hermano y además no sería verdad. No lo odio. Odio la circunstancia que me ha tocado vivir, tan distinta a la de otros chicos y chicas

de mi edad. Cuando éramos pequeños, a veces jugábamos juntos, pero al pasar los años, le he ido dando de lado. Es muy difícil hablar con alguien que se queda callado en mitad de una conversación, como si se hubiera ido, aunque su cuerpo esté allí y no sabes cuándo va a volver. Desde que tengo memoria, lo recuerdo mirando por la ventana, desconectado del mundo. No, no odio a mi hermano, pero por una vez en mi vida, quería tener tiempo para mí sin tener que preocuparme de él. Fue imposible llegar a un trato. Si quería hacer el Camino, tenía que ser a costa de ir con mi hermano. Así que me resigné y un día me vi sentado con él en un autobús hacia Burgos. Le dejé el lado de la ventanilla y se pasó todo el viaje sin decir nada, ausente, mirando el paisaje.

Tengo un buen recuerdo de aquellos primeros días. Mi hermano no se quejaba en absoluto de levantarse al amanecer o de caminar kilómetros y kilómetros. Es más, creo que conocer sitios nuevos lo mantenía más despierto y aunque no me lo decía, también se sentía feliz por que estuviéramos juntos, en silencio, sintiéndonos cerca el uno del otro. Yo, por mi parte, volví a asumir una vez más el rol que me había deparado el destino. Estaba pendiente de él y, aunque a veces hablábamos de los paisajes o de los albergues, luego se apagaba y resultaba difícil la convivencia, así que el sentimiento de que la vida era injusta conmigo volvió poco a poco a brotar dentro de mí. A veces coincidíamos en los albergues con chicos y chicas de nuestra edad. Eran reuniones espontáneas de gente de países diferentes que se habían formado en el Camino. Se mostraban amables con nosotros y me hubiera encantado integrarme en uno de esos grupos, pero si mi hermano se desconectaba todo era más lento y nos resultaba imposible seguir su ritmo.

Mi paciencia llegó a su límite cuando llegamos a un pueblo durante las fiestas. El albergue estaba a las afueras y por la tarde los demás peregrinos se pusieron de acuerdo para ir juntos a la verbena. Yo los veía bromear e incluso una chica me preguntó si quería ir con ellos. Me hirvió la sangre. Miré a mi hermano, que, esa tarde estaba en modo desconexión y seguía mirando por la ventana del albergue. Le sonreí, le di las gracias y le dije que no podía ir.

Esa noche cenamos los dos solos en la cocina del albergue. Cuando fuimos al dormitorio, estaba desierto. Todos los peregrinos, excepto nosotros, habían decidido ir a la fiesta. No podía dormir. En el silencio de la noche se oía el rumor de la orquesta y la sonrisa de la chica que me había invitado a unirme a su grupo no se me iba de la cabeza. Al cabo de una hora de haberme acostado no pude más. Salté de la cama en silencio y diez minutos después estaba en la trocha que llevaba al pueblo. El sendero evitaba la carretera, pero tenía un paso difícil sobre un riachuelo que había que pasar con cuidado. Lo sorteé sin dificultad y al cabo de un rato llegué a la fiesta. Allí unos músicos subidos a la plataforma de un camión llenaban la noche de ritmos caribeños. No vi a ninguno de los demás peregrinos. Di un par de vueltas y terminé en uno de los bares del pueblo. No recuerdo cuántas cervezas bebí, pero sí sé que me sentí profundamente desgraciado. Me vi muy solo, asumiendo que debía cargar en el Camino de la vida con una mochila que yo no había elegido y que cada vez me pesaba más.

Al cabo de varias horas, decidí que era el momento de volver al albergue. Pensaba que estaba bien, pero al dar los primeros pasos trastabillé un poco. No me preocupé. La brisa fresca que se había levantado jugaría a mi favor y poco a poco me iría encontrando mejor. La luna seguía en todo lo alto y pronto encontré el sendero del albergue. Estaba aturdido y a veces tropezaba con las raíces de los árboles, pero no dudé en seguir adelante. Finalmente llegué al arroyo. El paso consistía en un árbol caído sobre el que hacer equilibrios. Supongo que el alcohol me impidió calcular los riesgos y pensé que, si unas horas atrás había sido capaz de cruzar en cuatro o cinco pasos, ahora podría volver a hacerlo. Ataqué aquel precario puente con decisión y no llegué al tercer paso. Mi cuerpo se descompensó, caí de bruces sobre el árbol y al intentar sujetarme se desprendió de sus agarres y ambos nos fuimos al riachuelo. Tardé unos segundos en entender qué había pasado y por qué no podía moverme. El agua estaba fría y quizá eso ayudó a despejar mi mente. Como pude, giré la cabeza y vi que el tronco había resbalado y lo tenía apoyado sobre mis piernas. Intenté moverlo, pero fue inútil. Cuantas más fuerzas gastaba en intentar liberarme, más débil me sentía, más solo y más desgraciado. Decidí emplear las pocas fuerzas que me quedaban en pedir auxilio. Grité y grité

hasta quedarme sin aliento. Nada. Lo intenté varias veces y cuando estaba a punto de abandonar, escuché una voz detrás de mi cabeza.

- Por fin te encontré.

- ¿Juan?

No sé por qué pregunté. Era la inconfundible voz de mi hermano, pero jamás pensé que sería él la persona que aparecería en mitad del bosque.

- Ayúdame. No me puedo mover.

Rápidamente, Juan bajó hasta el arroyo. El agua le llegaba por las rodillas, pero no le importó. Agarró el tronco y con el esfuerzo de ambos conseguimos mover el árbol lo suficiente para liberar mis piernas. Yo lo miraba. No me podía creer que fuera él. Finalmente, la explicación llegó sin que yo preguntara.

- Cuando saliste te vi desde la ventana. Como pasaban las horas y no volvías, salí a buscarte. Estaba preocupado por ti.

Esa última frase fue como un mazazo. Mi mundo y mi historia se tambalearon de golpe. Durante toda mi vida había visto a mi hermano como un ser con una percepción limitada de la realidad, con dificultad para comunicarse e incapaz de preocuparse por los demás, en particular, por mí. Se quedó callado de pronto y vi en su cara esa expresión que pone cuando se va a apagar. De pronto, vino hacia mí y me dio un abrazo y por alguna razón, pensé que ninguna explicación podía sustituir lo que ese abrazo significaba. Yo también lo abracé y caí en la cuenta de que hacía una eternidad que no abrazaba a mi hermano.

Volvimos al albergue en silencio y al día siguiente seguimos con la jornada prevista como si tal cosa. El resto de los días continuamos con nuestra rutina. Hablábamos del paisaje o de las ermitas, hasta que se desconectaba. Parecía que no le daba importancia al incidente del arroyo. Yo, en cambio, me sentía impotente. Por una paradoja del destino, siempre había pensado que era mi hermano el que tenía dificultades para comunicarse y, sin embargo, ahora era yo el que quería expresarle mi agradecimiento, pero no sabía cómo.

Unos días después llegamos a Santiago. Yo me sentía eufórico y creo que mi hermano también se sentía feliz de llegar a la meta. Al día siguiente bajamos a la cripta y asistimos a la misa del peregrino. Aquella noche, después de cenar, fuimos a dar una vuelta por los alrededores de la catedral, para despedirnos de Santiago. La Quintana estaba desierta y nos sentamos en los escalones, hombro con hombro. Yo tenía un nudo en la garganta, pero finalmente me atreví a hablar.

- Quiero darte las gracias por venir a buscarme la otra noche. Te preocupaste por mí y te lo agradezco mucho.

Mi hermano miraba la luna y no estuve seguro de que me hubiera oído.

- Te vi salir, no volvías y me preocupé –dijo finalmente-. A veces, en mi cabeza pasa lo que nos ha pasado en el Camino. Nos agotamos y no tenemos fuerzas para más. No poder comunicarme me produce una terrible sensación de soledad, por eso miro la luna, pero el mundo y tú, seguís estando allí.

Tragué saliva. Nunca en mi vida había hablado con mi hermano como aquella noche. No supe qué decir. Sólo pensé que en todo el planeta no había una sonrisa más franca que la de mi hermano. Al rato, volvió su mirada al cielo. Yo también le sonreí, aunque él no me vio.

- Ahora –dijo- estoy empezando a sentirme cansado otra vez ...

Se me cortó la respiración. Me sentí muy culpable de haber dejado solo a mi hermano miles y miles de noches a lo largo de nuestra vida. Noté que me faltaban las palabras. Menos mal que vino al rescate.

- ¿Quieres mirar la luna conmigo? –dijo antes de apagarse-.

- Claro que sí –respondí con un hilo de voz-.

Un gajo de luna reinaba sobre Santiago. Noté que Juan se desconectaba y en silencio miramos juntos al cielo. Me sentí feliz de tener un hermano que se preocupaba por mí. El Camino terminaba, pero sabía que Santiago sería testigo de que mi hermano nunca más volvería a sentirse solo al atardecer y que seguiríamos juntos, como allí estábamos, hombro con hombro, en el Camino de la vida.